

principios que la sola razón le subministra, como cierta aspiracion constante á fundir en uno su razon filosófica y su instinto cristiano. Las luchas interiores á que esta aspiracion le condena, las veremos, ora vagamente definidas, ora plenamente manifiestas, en todo el progreso de su vida intelectual. El último periodo de su existencia no es mas que el término definitivo de esta lucha; no es mas que la victoria decisiva del instinto del cristiano contra la razon del filósofo.

Parece que quien tan lucidamente inauguraba su magisterio, debia haber tenido muchos oyentes en su cátedra; pero su asignatura no se imputaba entre los cursos académicos de filosofia, sino que era puramente de adorno; y esto explica un hecho que de otro modo seria increíble; y es que no abrió su cátedra mas que con dos discípulos. A mediados del curso escolar, ya no tenia mas que uno. Este uno era el que os está hablando, lectores míos.

Todavía es, y muchas veces pienso qué idea le movia, ó que sentimiento le sustentaba, cuando haciéndome acudir diariamente y con puntualidad al aula espaciosa donde estaba su cátedra, me tenia sentado sobre el banquillo hora y media, pronunciándome un discurso didáctico, del cual puede figurarse el lector lo que se alcanzaria á un chico de diez años. Preciso es que obrara en él con mucha fuerza la conciencia de su deber para llevar tan adelante la formalidad de su empeño; si ya no es, y esto parece mas probable, que se aprovechára de aquella cuasi soledad, para hacerse á sí propio prueba y ensayo de sus fuerzas. Los lectores perdonarán la prolijidad de este recuerdo grabado en el alma del que escribe con indeleble sello de gratitud y de ternura.

Durante aquel curso, y á principios del año 1850, contrajo el tierno afecto que terminó en su enlace con la señora doña Teresa Carrasco, hermana del personaje político que despues fué conde de Santa Olaya. Dios no quiso dejarle gozar largo tiempo la felicidad doméstica que abundantemente le ofrecian las virtudes de su bella y angelical esposa, y las gracias infantiles de una niña, único fruto de su matrimonio. La muerte le arrebató primero á su hija, y luego, en el verano de 1855, á su esposa; como si el cielo hubiera querido avisarle que su peregrinacion por el mundo debia ser una especie de solitario sacerdocio, y una mision sin rivales.

Terminado el año académico, y cumplido por consiguiente su empeño en el colegio de Cáceres, se trasladó con su esposa á Madrid, donde ya bullia, bien que tímida y sordamente, la brisa mensajera de los huracanes políticos que iban á trastornar el fondo y la forma de nuestra patria. Bien pronto, el jóven catedrático de literatura tomó puesto distinguido en el círculo literario que iba, por decirlo así, condensándose, como una falange preparada para convertirse, á la primera ocasion favorable, en heraldos ó ministros del nuevo orden de cosas, que despuntaba. Solícito y animoso,

acudió á todas las lizas en que se disputaba el premio del talento; y á los apreciables esfuerzos que entoces hizo por alcanzarlo, debemos sus escasos, pero no indiferentes ensayos poéticos que vieron la luz pública, tales como su *Elegia* inserta en la Corona fúnebre de la duquesa de Frias; otra, dedicada á Melendez; sus odas á la Reina Cristina, y á la proclamacion de la Reina Isabel; y por último, su ensayo épico, el *Cerco de Zamora*, que escribió en ánimo de concurrir al certámen abierto con designacion de aquel asunto por la Academia española, y el cual, segun consta del prólogo que le precede, no llegó á ser presentado en el concurso.

Sin pararnos en apreciar el mérito de estas poesias, á las cuales por otra parte su autor nunca dió tampoco grande importancia; y pareciéndonos por lo mismo estrañas en cierto modo al cuerpo de estas obras, hemos creido oportuno y adecuado ponerlas por via de *Apéndice* en el último tomo.

## II.

Veniase entre tanto á mas andar, preñado de tempestades y lleno de esperanzas, el tercero y último periodo de nuestra revolucion, en lo que va del presente siglo. La monarquía hereditaria y tradicional, en la vecina Francia, acababa de dejar el puesto á otra monarquía electiva y revolucionaria; y, al impulso de este nuevo y definitivo arranque del liberalismo francés, todas las naciones de Europa, cual mas, cual menos, habian experimentado cambios, ó arrostrado peligros de grave consecuencia. En España, estos sucesos coincidian con la existencia de un trono minado por conspiraciones domésticas, ocupado por un monarca débil y enfermo, y rodeado por la impaciente expectativa de un partido, ducho en asimilarse todos los elementos que no le eran irreconciliablemente hostiles, con agravios que vengar, gran propagador de esperanzas alhagüeñas, mas activo que sus adversarios, y tal, en fin, como le necesitaban los nuevos intereses que nacia en torno del lecho del moribundo monarca, cuyos ojos turbados buscaban, en su última hora, vengadores de sus enemigos, y tutores de su hija y heredera. Al doloroso y tímido clamor de aquel rey moribundo, repetido por los lábios de una Reina jóven y hermosa, respondieron, como otros tantos ecos de amistad y de concordia, la voz de las tradiciones y el grito de las esperanzas.

La educacion, los instintos, los intereses, las aspiraciones del jóven literato, le llamaban no solamente á mezclar su voz en aquel universal concierto, sino á señalarse de un modo especial: y esto fué cabalmente lo que intentó y consiguió, cuando en aquellos críticos dias del otoño de 1852,

dirigió á Fernando VII una *memoria sobre la situacion actual de la monarquía*, cuyas ideas y forma produjeron en los círculos políticos de entonces placer á unos, indignacion á otros, y á todos gran sorpresa. Los enemigos del nuevo orden de cosas que se preparaba, le miraron como un adversario temible; y los amigos, como un auxiliar poderoso. Todos fijaron su vista con interesada curiosidad en aquel casi imberbe consejero, que levantaba nosta el régio sólio tan osado y magistral acento.

«La Providencia (decía) que guarda en la profundidad de su seno el secreto del destino de los hombres, y que siembra á la vez de flores y de escollos el áspero camino de la vida, ha reservado tambien la copa del infortunio para los lábios de los reyes..... Apenas V. M. ocupó el trono que habia heredado de una larga série de ilustres antecesores, cuando una lucha espantosa empezó á llenar de sangre la arena de este desgraciado suelo; y en vez de los escombros que amenazaba producir, solo sirvió de ocasion para que V. M. pudiese entonar el himno de la victoria, coronado de laureles. Napoleon habia cubierto con su sombra la luz del horizonte europeo: su mano de bronce amenazaba esclavizar á la Europa toda, que se postraba ante sus pies, como se postra el hombre ante el destino: su grandeza eclipsaba todas las grandezas de la tierra, y su planta inflexible hollaba de la misma manera los cetros de los reyes y las frentes de los pueblos: habiendo visto derramar la sangre de su rey, y abismarse un trono sustentado por cien generaciones, él creyó que la hora era llegada de colocar la diadema de san Luis sobre la frente de un vasallo: él la colocó sobre su frente; y sentada la usurpacion sobre el trono, y no pudiendo coronarse con la gloria de diez siglos, se coronó con los rayos de su gloria. El mundo fué su víctima: la esclavitud su trofeo: los reyes perdieron su poder; su independencia las naciones. Llegó en fin la hora de Fernando y de su España: el usurpador la pidió el tributo de su independencia y de su rey: pero ella vengó á su rey de su opresion, y al mundo de su tirano. Señor, V. M. gobierna todavía con su cetro á esta nacion magnánima y generosa, que responderá siempre con un *jamás* á la usurpacion y alevosía: este *jamás* resonará en los oidos de la posteridad, como la sentencia de un gran pueblo lanzada contra el pérfido que ataque su existencia nacional, ó los sagrados derechos de su rey.....»

No puede negarse que hay en este exordio tanta habilidad como re-tumbancia, si se considera que quien piensa acabar por pedir al rey la convocacion de Córtes, no podia empezar mejor que lisonjeando el régio orgullo con el recuerdo de los hermosos dias en que, bajo su enseña y victoreando su nombre, salvaron los españoles de la ruina y del oprobio su trono y su persona. No menos hábil es recordar en seguida, como lo hace, los recientes agravios, inferidos á Fernando por los que conspiraban contra la herencia de su hija; pintando con fuerte colorido las angustias

y peligros que entonces rodearón su lecho de dolores; cargando la mano, como puede suponerse, sobre los inmediatos autores de aquella situacion; y procurando apartar de los liberales, sus naturales adversarios, la sospecha que contra ellos pudiera producir en el real ánimo el recuerdo de los *tres años que siguieron la bandera de la revolucion*. Donoso no puede ni quiere acaso evitar este recuerdo; pero necesita neutralizarlo, y para eso añade en seguida:

«La Francia ha atravesado por medio de los horrores de la república, la gloria del imperio, la serenidad de la restauracion, y las convulsiones de Julio; pero ni de la república, ni del imperio, ni de la restauracion, ni de sus convulsiones ha nacido el principio que debe serenarla: la tempestad brama en su seno; y la disolucion acomete su existencia. Los españoles saben que la revolucion que ataca actualmente á la Europa, es menos una revolucion política que una revolucion social, en que se abisman todas las existencias, todos los intereses y todas las propiedades: ellos saben que toda revolucion promovida por las masas va siempre acompañada de una irrupcion en las propiedades; porque las masas no hacen las revoluciones por principios, sino por intereses: ellos han visto que las páginas de todas las revoluciones están escritas con sangre, y que siempre fueron sus primeras víctimas todos los que descollaron. Convencidos de estas verdades, Señor, los españoles ni son revolucionarios, ni conspiradores.....»

A los veinte y dos años, en la edad de las ilusiones, el señor Donoso creia que los liberales habian aprendido acerca de las revoluciones todo esto que él veia con tan precoz exactitud, y casi con intuicion de profeta. Creyéndolo así, continuaba:

«En España no hay mas partidos, que el de la legitimidad, y el de la usurpacion. El primero, que propiamente no debiera llamarse partido, es el de todas las clases del Estado; y representa todos los intereses y todas las garantías sociales: el segundo, menos numeroso, pero por lo mismo mas fanático, no se apoya en ningun principio ni en ningun interés social; y sin embargo, Señor, es fuerte: es fuerte, porque sabe lo que quiere; es fuerte, porque tiene una voluntad única y enérgica, y porque tiene un sistema ocultamente seguido y, ha mucho tiempo, combinado.....»

¿Qué fuerza oponer á esta gran fuerza de la unidad enérgica, y de sistema fijo?.....

«En la lucha entre el Gobierno y las facciones, será aquél víctima de estas, si se abandona á fuerzas individuales, y se reposa del cuidado de su existencia en el imperio de las leyes: jamas las leyes destruyeron una sociedad creada para aniquilarlas, ni conservaron un trono combatido de revoluciones: el Gobierno debe tener la fuerza de una faccion, y orga-

«organizarse como si lo fuera..... Los enemigos de V. M. han dicho—dividámonos para destruir..... Señor, los buenos dicen—unámonos para conservar. Las sociedades no existen, si se relajan los vínculos sociales: las que solo son palabras para el filósofo, son cosas para los pueblos: jamás un nombre ha dejado de producir una revolución; y jamás le ha faltado ni una bandera ni un partido.....»

Aquí nos dá el publicista organizada la dictadura del Gobierno para la resistencia: veamos ahora cómo, á fuer de buen eclético, crea la resistencia contra la dictadura.

«Creado el sistema y dada la unidad, es preciso crear la legalidad y el entusiasmo. Señor, con el apoyo de sus antiguas y venerandas leyes, ha atravesado esta antigua monarquía por medio de los siglos, siempre grande y poderosa; y el brillo de sus reyes ha eclipsado, en un tiempo, el de todos los reyes de la tierra. Si V. M., después de haber salido del sepulcro para colocarse sobre el trono, pronuncia el nombre de las antiguas Cortes de este reino, ellas sacudiran el polvo de los siglos; inclinarán su frente ante el más generoso de todos los monarcas, y su voz será el acento de la fidelidad.....»

No es difícil ver en estos últimos párrafos la exposición, sucinta pero perfecta, de un liberalismo doctrinario y tradicional, que se parece bien poco al liberalismo radical y revolucionario. Si esta calificación es acertada, no estará demás consignarla como el punto de partida de las opiniones políticas de Doxoso, para que á su tiempo veamos si es tan grande como han supuesto lo que en este particular sus adversarios llaman su inconsecuencia.—Dejando la demostración para más adelante, consignemos ahora otro rasgo que confirma nuestro juicio.

«Señor, una monarquía no puede apoyarse en las últimas clases de la sociedad; es preciso que se apoye en las clases intermedias: cuando estas no existen, la sociedad perece en brazos del despotismo oriental, ó en el abismo de una democracia borrascosa..... España, señor, tiene una magistratura que representa su gloria, que conserva sus tradiciones, y que, siendo el depósito de sus leyes, no puede prestarse á una obra de destrucción y de anarquía; porque representa el orden de la sociedad y la madurez de los siglos. Si los que visten la toga, no degradan su dignidad ni empañan su esplendor, la toga está destinada á ocupar el primer lugar entre las instituciones conservadoras, y á ser el apoyo más firme de V. M. y del trono. El destino de los jueces es el destino más bello de los hombres: ellos son el eco de la ley; su voz es la voz de la justicia, y su misión, garantizar todas las existencias sociales. Colocados en medio de la sociedad y del legislador, ellos son el centro de todas las relaciones, y los que conservan su armonía. Independencia en la institución, fidelidad en sus individuos: estas son, señor, las condiciones necesarias de la toga.»

«Señor, tales son las bases del nuevo sistema que debe asegurar la corona en las sienes de las augustas sucesoras de V. M.....»

Claramente se ve que el joven publicista no oculta sus pretensiones. Es un nuevo Sieyès que, con Benjamin Constant en una mano, la historia de España en la otra, y los ojos fijos en el estado actual de la patria, propone y formula una constitución, con el doble propósito nada menos que atender, por una parte, á las necesidades accidentales del momento, y por otra, á las permanentes y esenciales de nuestro país. España está combatida por una facción fuerte, organizada con sistema, con unidad y energía: es preciso que el gobierno *tenga la fuerza de una facción, y se organice como si lo fuera*. Aquí deja satisfecha la exigencia del momento. Pero esto es organizar la dictadura ilimitada é indefinida, ¿cómo se le pondrá límite y término? ¿Será urdiendo una constitución facticia, sin antecedentes en nuestra historia, sin raíces en nuestras costumbres, importada del extranjero en brazos del filosofismo revolucionario? Todo menos que eso. El nuevo publicista quiere que las *antiguas Cortes de este reino sacudan el polvo de los siglos, é inclinen su frente ante el monarca*; y aquí tenemos al constitucional tradicionalista: quiere que la monarquía se apoye en las *clases intermedias, para que no perezca en brazos del despotismo oriental, ó en el abismo de una democracia borrascosa*: y quiere en fin que la representación y fórmula política de estas clases intermedias, sea la *magistratura independiente, que representa la gloria, y conserva las tradiciones* de España. Aquí tenemos al doctrinario con su *mesocracia*, y su poder judicial inamovible y supremo. Sus estudios histórico-políticos le daban por resultado un eclecticismo constitucional, suyo propio, que sirve para explicar cómo, habiendo sido de los primeros doctrinarios de nuestro país, ha sido también el primero á romper con un liberalismo que estaba fuera de sus doctrinas.—Su primera muestra en la vida política, que fué también, y dicho sea de paso, la primera y más osada de las que se dieron por los liberales antes de la muerte del rey, es la premisa, de donde inflexiblemente se derivan, como otras tantas consecuencias necesarias, todos los actos y todas las doctrinas ulteriores de su vida.

Por eso, dando á este documento una importancia especial, hemos querido extractarle en el discurso de esta biografía, negándole en el cuerpo de las obras de Doxoso un lugar que le veda el respeto debido á clases y personas; de las cuales, unas han expiado con largo infortunio sus dolorosos errores, y otras han redimido plenamente su derecho á que se aparten de la memoria y de los ojos de sus conciudadanos las calificaciones que pudieron merecer en tiempos de política efervescencia. La sinceridad de estos motivos quedará justificada con decir, que la memoria se imprimió, lujosamente por cierto, con el beneplácito del Rey, en noviembre de 1832; y este solo dato bastará para convencer de que, si bien en aquel escrito se traslucen

con harta claridad las muchas preocupaciones filosofescas de su autor, en el tiempo que lo produjo, y que nuestra imparcialidad nos manda no ocultar ni disminuir, nada hay en cambio que lisonjee las pasiones demagógicas, y si, mucho que pueda servir de fundamento á una Constitucion verdaderamente nacional, y como nacional, fecunda y provechosa.

Otra prueba mas convincente todavia es la benévola acogida que el jóven Donoso mereció á los personajes politicos importantes de aquel tiempo. El Rey mismo le honró en Febrero de 1855 con la especialísima, y para aquel entonces escandalosa distincion, de nombrarle oficial de su secretaría del Ministerio de Gracia y Justicia. Y con verdad sea dicho, las venerables sombras de los encopetados burócratas de Carlos III debieron levantarse indignadas contra aquel covachuelista de 25 años.

Tampoco carecia entonces de valor la honra que, en Mayo siguiente, se apresuró á dispensarle la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, nombrándole su miembro honorario, como una muestra de su aprecio, y como un tierno recuerdo de aquellos dias en que el jóven covachuelo invocaba con todo el ardor de su entusiasta juventud á las musas risueñas del undoso Bétis. Todavía en aquella época, cultivaba el señor Donoso la amena literatura, si bien la consideró siempre como una ocupacion secundaria, en la cual reposaba su mente, ya de lleno entregada á plantearse los mas radicales problemas del orden social y del orden humano, con el propósito de ofrecer sus pensamientos á la consideracion de los hombres que se ocupan en estudiar en las entrañas de las sociedades el germen de vida que conservan, ó el cáncer que las devora. Con estas palabras propone su asunto en el prólogo de su folleto publicado en Agosto de 1854, con el título de CONSIDERACIONES SOBRE LA DIPLOMACIA, Y SU INFLUENCIA EN EL ESTADO POLÍTICO Y SOCIAL DE EUROPA, DESDE LA REVOLUCION DE JULIO HASTA EL TRATADO DE LA CUÁDRUPLE ALIANZA.

¿Os acordais del jóven profesor de Literatura que en 1829 llamaba á Rousseau un terrible sofista, que ensalzaba las Cruzadas y á Pedro el Hermitaño, que proclamaba al cristianismo como la ley redentora del espíritu y de la carne? ¿Os acordais del jóven publicista que en 1852 invocaba con la voz del patriotismo á las antiguas y venerandas tradiciones de sus mayores? Pues es el mismo que, engolfado ya en el piélago borrascoso de la politica militante, y acabando de ver en Julio de 1854 el espectáculo fúnebre y terrible de una demagogia brutal y sacrilega degollando á los sacerdotes y profanando los altares, esclama horrorizado— «No, Madrid no olvidará jamás el dia de dolorosa recordacion en que ha visto disolverse la sociedad, desaparecer la fuerza pública; y en que ha sido testigo de la profanacion de sus templos: como si un instinto fatal enseñara á los mónstruos que nos infestan, que las sociedades no pueden dejar de existir, si la religion, abandonándolas, no las condena á la esterilidad y á la muerte. Los manes

«de las víctimas piden venganza, y la sociedad justicia. Las leyes no pueden exigir obediencia, sino conceden proteccion: y la libertad y el orden, para hermanarse y crecer, necesitan que se purifique el suelo que ha teñido la sangre, y que ha profanado el crimen.....»

Gloriosa página en verdad, inspirada por el sentido moral y por el patriotismo mas puros, fecundados ambos por un instinto religioso, que, no por ser todavia vago y especulativo mas bien que práctico, deja de ser bello y fecundo. Nótese bien, y sobre todo por los que acusan á Donoso de inconsecuencia politica, como por los que le acusan de haberse abismado en un misticismo supersticioso; nótese bien cómo, al anunciarse públicamente en la liza filosófica, declara, no ya simplemente que la religion es un elemento civilizador entre otros, una rueda entre otras, de las que constituyen el mecanismo social; sino que es el origen de toda fecundidad y de toda vida para las sociedades; puesto que, cuando la religion las abandona, dice, quedan condenadas á la esterilidad y á la muerte. La idea ciertamente no es nueva; y tan no lo es, que Dios la ha constituido patrimonio de la sociedad: lo que sí, era nuevo y casi extraordinario para el liberalismo español, cuando Donoso publicó este folleto, era presentar aquella idea como el fundamento y esencial condicion de toda teoria social.

¿Qué extraño parecerá, pues, que, partiendo de esta idea, consagre á la accion civilizadora de la Iglesia la especial atencion y el lugar preferente que le dá en sus Consideraciones?

«En la Europa bárbara, dice, solo la Iglesia era una sociedad; porque solo en la Iglesia se encontraba unidad de objeto, y armonia de voluntades. Roma aspiró á la dominacion en nombre de la fuerza: la Iglesia en nombre de la verdad: su título era mas legítimo: sus medios los ha juzgado ya la historia... Ella continuó el movimiento del mundo romano, elevó las mismas pretensiones, y marchó hácia el mismo fin (el establecimiento de la unidad social); pero mas inflexible aun, porque la verdad es mas absoluta que la fuerza, vencedora no perdonó jamás, y protestó vencida. En su lucha con los emperadores, al ver postrado á los pies del heredero de San Pedro al heredero de los Césares, la imaginacion asombrada no alcanza á concebir esta revolucion inmensa en el destino del mundo. Fuera de la Iglesia, solo existian individuos: la voluntad del hombre reinaba sola en aquel caos en que naufragaron todas las instituciones humanas (la invasion de los bárbaros), y abandonada la sociedad á sus elementos primitivos, no tenia mas vínculos que los de la familia; y apenas existian otras relaciones de dependencia, que las del patrono y el cliente, el siervo y el señor.»

Aquí están los gérmenes de una filosofia católica, puesto que hallamos, bien que somera y vagamente concebidos, los principales afectos que de ordinario la inspiran y la constituyen. Hallamos por de pronto una esplicita